

Del placer y la saciedad

Umami, de Laia Jufresa

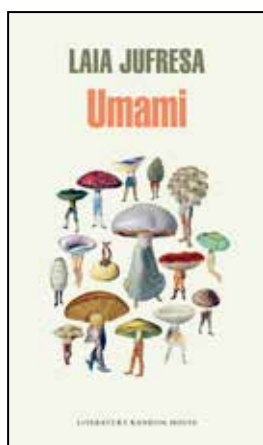
Nora de la Cruz

LAS DOS GRANDES FORTALEZAS DE *UMAMI*, primera novela de Laia Jufresa (ciudad de México, 1983), son evidentes desde el principio: la estructura es sólida y compleja (podría decirse que compensa a la trama, casi ausente) y la narración es fluida. Se trata de una historia insinuada, no contada, como sutil subtexto para el monólogo interior de los personajes de la novela, habitantes de la privada Campanario, donde cada casa lleva el nombre de uno de los cinco sabores que, según los japoneses, percibe la lengua humana. ¿Los sabores tienen algún vínculo con el tema? No de forma evidente: sólo el quinto, umami, se menciona de manera explícita. Sin embargo, la clave estética del relato sí guarda una relación estrecha con la lengua, no como órgano, sino como sistema y como herramienta de comprensión y expresión de la realidad, o de la identidad. Es evidente que las personalidades y los modos de estar en el mundo de los personajes del relato están determinados por su forma de expresarse. Esto no se limita a un recurso literario que nos permitiría distinguirlos entre sí (sobre todo cuando cada uno funciona como narrador o focalizador): va más allá. Hay frases que pertenecen a alguien, casi siempre recordado, y sirven para caracterizarlo en ausencia. Lo que el otro diría lo distingue del uno, pero también es el puente que sirve para comprenderlo, aunque de cierta forma (por más que se le observe o se le recuerde obsesivamente) siempre quedará en la frontera de lo indecible, como umami: el sabor que puede percibirse pero no describirse o explicarse.

La estructura coral, en segmentos que corresponden a distintas épocas, ubicada en un lugar geográfico tan delimitado, recuerda a *The heart is a lonely hunter*, de Carson McCullers, lo mismo que el logrado tono que tienen las voces infantiles (predominantes en la novela). Esos personajes, las niñas, son los más sobresalientes y memorables de la historia, en contraste con una joven pintora, Marina, que queda justo a la mitad de la infancia y la madurez y nunca gana dimensiones

Laia Jufresa.
Fotografía: Claudia Leal





Umami
Laia Jufresa
México, Literatura Random House
2015, 240 pp.

suficientes, a tal grado que, por momentos, su hilo narrativo parece prescindible. Por su parte, la historia de Alfredo, el antropólogo, única voz masculina, se enfoca por completo en la muerte de su mujer y su vida de casados, de manera que el personaje palidece, sobre todo por el interés de la autora en retratar a los personajes mediante sus manías y las peculiaridades de su idiolecto: la esposa muerta resulta mucho más colorida que su viudo —aunque no más interesante— debido a que estos rasgos son variados y graciosos, mientras que el narrador se distingue apenas por su uso de malas palabras. Curiosamente, el único personaje que comparte con él ese rasgo lingüístico es una bailarina frívola, una especie de *hippie* trasnochada cuya única participación en la historia consiste en un par de excéntricas y, claro, el abandono de su marido y su hija. Uno podría preguntarse si la autora considera que las palabras altisonantes son una marca de masculinidad; que en la faja del libro un reconocido escritor use una para alabar las dotes narrativas de Jufresa resulta, desde esta perspectiva, desafortunado.

El carisma de la novela radica en la singularidad de los personajes y sus voces. Todos están caracterizados por sus percepciones y recuerdos, relacionados en su mayoría con la pérdida. Sin embargo, cada uno tiene una clave, un entendimiento peculiar de la realidad, que moldea su visión. Es digno de reconocimiento el dominio del oficio que demuestra la autora para construir personajes informados y verosímiles sin ceder a la tentación de brindar demasiada información. Jufresa elige bien los momentos en los que conviene mostrar el

conocimiento del antropólogo, o la amplia cultura de la adolescente, o la relación de la pintora con los colores y el proceso creativo; lo hace, además, de maneras sutiles y naturales (por medio de analogías, por ejemplo, lo cual no es nada sencillo). Además, en la novela hay un sentido del humor inteligente y agridulce que permite al lector transitarla con ligereza; en esto se notan el atinado pulso de la escritora y su instinto —poderoso y sagaz—: consigue acercarse a lo peculiar, a lo íntimo y a lo pintoresco sin que nada parezca afectado o estorbe la fluidez con la que narra.

Sin embargo, en este ejercicio de la interiorización permanente y de la contemplación casi absorta (¿es el título de la novela un guiño a la literatura japonesa?) se encuentra tal vez la mayor debilidad de la obra. Si bien no existe una trama compleja ni picos narrativos, es claro que todos los personajes afrontan un suceso que ha cambiado sus vidas. Pero estos sucesos nunca ganan la profundidad necesaria, o al menos la que se esperaría. La acumulación de detalles entrañamente nimios pesa siempre más que lo que habría de otorgarles sentido y, por momentos, hay segmentos que parecen estar de más. La novela narra que, en su primer encuentro, el antropólogo explica a su futura esposa que la proteína por sí misma no crea la sensación de saciedad, sino que requiere umami, es decir, lo que nuestra lengua percibe como placer. En *Umami* ocurre lo contrario: el lector encuentra siempre el placer producido por un manejo lúdico de las facultades narrativas. Lo que se echa en falta es la hondura, lo nutricional. Lo que verdaderamente sacia. **AAA**